

Presentación de Arturo Morales Carrión

Barranquitas, 17 de julio de 1972

Ante este pueblo que no ha rendido nunca sus banderas frente a las fuerzas hostiles a la continuidad de la patria; ante la tumba, noble y sencilla como nuestro pueblo, de esa gran figura que fue Luis Muñoz Rivera, tengo el honor de iniciar estas palabras con un saludo al Señor Presidente del Senado, Don Rafael Hernández Colón, al Alcalde de este noble pueblo, Señor Efraim Colón Torres, a los legisladores y alcaldes aquí presentes, y a los miles de puertorriqueños que en esta plaza y a través de la radio escuchan con unción, con veneración, lo que año por año tienen que decir sobre esta figura procer cuyo aniversario conmemoramos hoy, algunos de los hombres que con mayor respeto se han acercado a su vida y su obra.

El Presidente del Instituto de Cultura Puertorriqueña, Señor Ricardo Alegría, a quien tanto debe nuestro pueblo por su incansable obra de afirmación de nuestros valores de ayer y de hoy, me ha encomendado el honor de sustituirlo en esta señalada ocasión en la que le habría correspondido hacer la presentación de un gran puertorriqueño que tiene a su cargo la oración de este día en este año crucial de 1972: Don Arturo Morales Carrión.

Hay hombres que hacen historia para que otros la escriban. Hay hombres que escriben historia de lo que otros hacen. Arturo Morales Carrión es de los que la hacen y la escriben. Y tiene talento y años para seguirla haciendo y para seguirla escribiendo.

Y no es poco lo que hay que hacer, lo que hay que escribir, lo que hay que interpretar en busca de ideas coherentes que sirvan para forjar nuestra cohesión, nuestra unidad.

Divididos y fraccionados, todas nuestras aspiraciones colectivas están condenadas al limbo de la espera sin fin, y nuestro pueblo expuesto a luchas intestivas, dolorosas y estériles.

Esa fórmula de cohesión que por treinta años nos dió la estabilidad necesaria para crecer incesantemente, y nos abrió el camino a nuevas conquistas jurídicas, políticas y económicas, hoy detenidas por un desgraciado accidente histórico, es el Estado Libre Asociado.

Lo definió aquí hace dos años cuando me correspondió el honor de dirigirme a ustedes...

"La esencia del Estado Libre no es obtener mayor participación en la vida política del pueblo con el cual estamos libremente asociados; la esencia del Estado Libre es tener cada vez mayor participación en nuestros propios asuntos y en la dirección y el rumbo de nuestro destino."

Y esa definición viene en línea recta de aquellas palabras de Luis Muñoz Rivera que también cité entonces "Queremos que el país dirija los destinos del país."

Y en línea recta con esas palabras está también el pensamiento de Arturo Morales Carrión y es un compromiso de honor del autonomismo puertorriqueño. Ese principio rector puede ser atacado desde afuera. Pero quien lo vulnere desde adentro estará coqueteando con la traición.

En Puerto Rico lo único que está bien definido es la confusión. No le es fácil a un pueblo entender su realidad y enfrentarse con sinceridad a su circunstancia. Pero tenemos que advertir a nuestro pueblo las consecuencias de su contumacia, de la tenacidad en persistir en el error de esperar que le llegue de afuera por obra y gracia de la casualidad, lo que solo puede el hombre obtener para sí buscándolo en el tuétano de sus huesos; en los imperativos de su sangre y de su espíritu.

Las fuerzas de la confusión en Puerto Rico están principalmente constituidas por los que, con la psicología del avestruz, hunden la cabeza en la arena, y se niegan a reconocer que el asimilismo es un precio demasiado elevado que este pueblo se negará siempre a pagar por ninguna ventaja económica o política.

Se han empeñado algunos en confundir la libertad con la estadidad, y la estadidad con la seguridad. Sobre esa confusión es oportuna esta cita: "Quien está dispuesto a sacrificar la libertad por la seguridad, no merece ni seguridad ni libertad." Son palabras de Benjamín Franklin y están en línea con la mayor tradición liberal puertorriqueña. Y en esta tradición ha estado siempre inmerso el pensamiento de Arturo Morales Carrión.

Y aquí en esta misma tribuna nos dijo un día aquel gran escritor y gran Secretario del Trabajo Fernando Sierra Berdecía, muerto en la línea de nuestras luchas políticas, estas palabras que les recuerdo hoy con su nombre y en su nombre.

"Ningún pueblo puede existir señalándose una meta de disolución."

Frente a todo lo que pudiera traducirse en disolución estuvo siempre, al interpretar la historia y al contribuir de palabra y de obra a la acción, estuvo siempre y está hoy Arturo Morales Carrión.

Pero nadie vaya a creer que el asimilismo está circunscrito a las fuerzas oligárquicas que creen falsamente que sus intereses solo pueden protegerse en la asimilación. Los extremos se tocan. Y hay un asimilismo de la izquierda que rechaza con violencia el asimilismo americanoide pero se plegaría, por rencor a los Estados Unidos, al asimilismo ruso. Y ya nos pasean en paradas y asambleas los retratos de Marx, de Lenin, de Ho-Chi-Min, del Ché, de Mao y de Fidel, como antes nos paseaban, divinizada por el insolente culto de la personalidad, la efigie del más grande asesino de la Historia - José Stalin. Hay un neo-asimilismo que habla contra la guerra, pero no está contra la guerra. Habla contra la guerra de Viet-Nam, pero no dice una palabra de la represión sangrienta perpetrada por Moscú en Rumanía, en Checoslovaquia, en Polonia, en Hungría. Y hay un neo-asimilismo que aquí habla de los derechos civiles, pero nunca levanta la voz contra un régimen que en nombre de la justicia de los trabajadores, acabó con la justicia para los trabajadores y para todo el cuerpo social; y no hay derecho de reunión, ni derecho de huelga, ni libertad para cambiar de empleo, ni libertad de prensa, ni libertad de culto, ni libertad para defenderse en juicio público, ni libertad para protestar sin permiso. Hay libertad para callarse, o morirse.

No hay situación para la cual no haya alguna salida. Y nosotros que hemos vivido tanto tiempo cercados, por la estrechez del territorio, por vicisitudes históricas que no dependían exclusivamente de nuestra voluntad, por la falta de comprensión para enfrentarnos a nuestra realidad de parte de nuestra propia gente, hemos tenido que desarrollar hasta el último extremo nuestra capacidad para encontrar salidas.

Pero de las situaciones críticas no se sale de cualquier manera. Tenemos una historia que nos hizo parte de una historia mayor, una cultura que nos hace parte de una cultura mayor; una voluntad de destino que nos hace parte de un destino mayor. Cuando se posee esa herencia no se dilapida. Por su formación histórica y cultural y por su participación en los altos quehaceres políticos de nuestro tiempo, el hombre que ha de dirigirse a ustedes hoy sabe buscar salidas con la dignidad y el decoro que se imponen a sí mismos desde sus entrañas los hombres que tienen clara conciencia de su historia y de su cultura. Uno de esos hombres se llama Arturo Morales Carrión.

Ahora que irrumpe en el escenario donde se desarrolla nuestro drama una nueva generación quiero aprovechar el momento para disipar un grave error de interpretación que siempre acarrea graves males cuando no se entiende.

Los años por sí solos no significan nada... Una generación no se mide por el calendario. Y para incluir o excluir de ella a unos hombres no sirve la fé de bautismo. Una generación es una comunidad de pensamiento en la que comulgan por igual viejos y jóvenes. Ni los jóvenes ni los viejos merecen franquicia de excepción por el hecho de ser jóvenes o viejos. Los hombres que juntos se agrupan en torno a unas ideas y a unos valores y juntos se ponen a la obra de realizar su propósito constituyen una generación, y por esa vinculación sucesiva las generaciones se convierten en épocas. Rechazar a los jóvenes priva a una generación de su entusiasmo y su brío. Rechazar a los viejos priva a una generación de su experiencia y su sabiduría.

Entre aquellos jóvenes que junto a los viejos de ayer luchaban por alumbrar un nuevo Puerto Rico, para extraerlo del estancamiento y del desaliento estaba Morales Carrión. Como lo está hoy junto a los jóvenes que vienen en son de lucha y de victoria a corregir errores, a promover nuevas

fórmulas políticas para adecuarlas a los nuevos tiempos.

Nada es más importante en este momento que vivimos que el peligro de que se entronice en la vida política el asimilismo de la izquierda o de la derecha, y que se utilicen los recursos del poder y los recursos del terrorismo para continuar la obra divisionista que está escindiendo al país en dos campos irreconciliables; el peligro de que nuestra vida futura tenga que desenvolverse en el clima angustioso que antecede a la guerra civil; el peligro de que Puerto Rico pueda convertirse en mero material etnográfico - en masa amorfa fácil de acomodar a cualquier situación aunque sea políticamente; indecorosa; moralmente abyecta, económicamente destructora.

Con la historia perdida un pueblo no es un pueblo, es una multitud. Vivir y morir a lo que salga no es cosa de hombres. Y la entrega no puede convertirse en ideal sin que la libertad acabe en la servidumbre y la dignidad en sumisión que es una palabra arrodillada.

Sin embargo, la gran masa del pueblo de Puerto Rico, con plena conciencia de su pasado, y de las posibilidades del futuro, sabe que el pasado y el futuro se juntan hoy. Y con clara visión de la realidad encomienda a sus líderes que pongan manos a la obra de todos, aquí, hoy, ahora, en este instante, en cada instante, en un quehacer real y verdadero, sin odios y rencores, sin sentimientos deleznable de sumisión, con una decidida voluntad de afirmación de nuestros valores, de nuestros intereses, de nuestra voluntad de ser y de permanecer. A esa clase de líderes responde el hombre que ha de dirigirse a ustedes hoy - el Dr. Arturo Morales Carrión.

Frente a los extremos radicales del Siglo XIX y del Siglo XX, Puerto Rico ha estado siempre en posición de lucha y de tensión. Pero providencialmente ha buscado su centro de equilibrio en sí mismo, en el corazón y el instinto de conservación de su gente, en el respeto a su tradición y su historia; en la valoración de su realidad y de su circunstancia, con sus propias ideas y no con las de otros.